

quier monje.—Las memorias de donaciones y privilegios otorgados á este famoso monasterio escasean ya en el siglo XIII: cada siglo tiene sus aficiones: así como en los XI y XII hay marcada predilección á los institutos benedictinos, cluniacense y cisterciense, en el XIII privan los franciscanos y dominicos; y así bajo los reinados de la dinastía de Champagne y Brie no registramos en favor del monasterio de Hirache más donación que un legado de D. Teobaldo II, de 40 sueldos de renta sobre los estales (sic) de la Carnicería de Estella para pitanza en el día que celebre su aniversario.

Sensible es que entre las muchas memorias de donaciones y privilegios que registra el P. Moret, y de las cuales acabo de darte sumario exacto, no exista ninguna que se refiera á la parte artística de este monasterio. Es más, siendo abundantes las noticias que á fines del siglo pasado se remitieron á la Real Academia de la Historia de Madrid relativas á todos los grandes cenobios de Navarra, con el propósito que ya conocen nuestros lectores, del de Hirache no llegaron al docto Cuerpo literario sino las escasísimas que contiene un plieguecillo sin fecha ni firma que, por lo que hace á su fábrica, ornato y curiosidades, dice lo siguiente: «Este monasterio, según conjetura con mucho fundamento el célebre cronista Yepes (1), fué fundado en tiempo de los Godos; á lo menos es cierto que luégo que empezó la restauración de España después de la irrupción de los moros, se hallan ya memorias de él á principios del siglo 9.º en tiempo de Don Sancho el I de Navarra. Fué siempre muy respetado en este Reyno, y su abad uno de los personajes más distinguidos de su clero...» «Aunque fué este monasterio de los que vivieron en España conforme á la reforma de Cluni de Francia, nunca estuvo sujeto á él, ni á otro Prelado alguno hasta el año de 1522, poco después que este Reyno se unió á la Corona de Castilla, en el cual, á solicitud de sus mismos

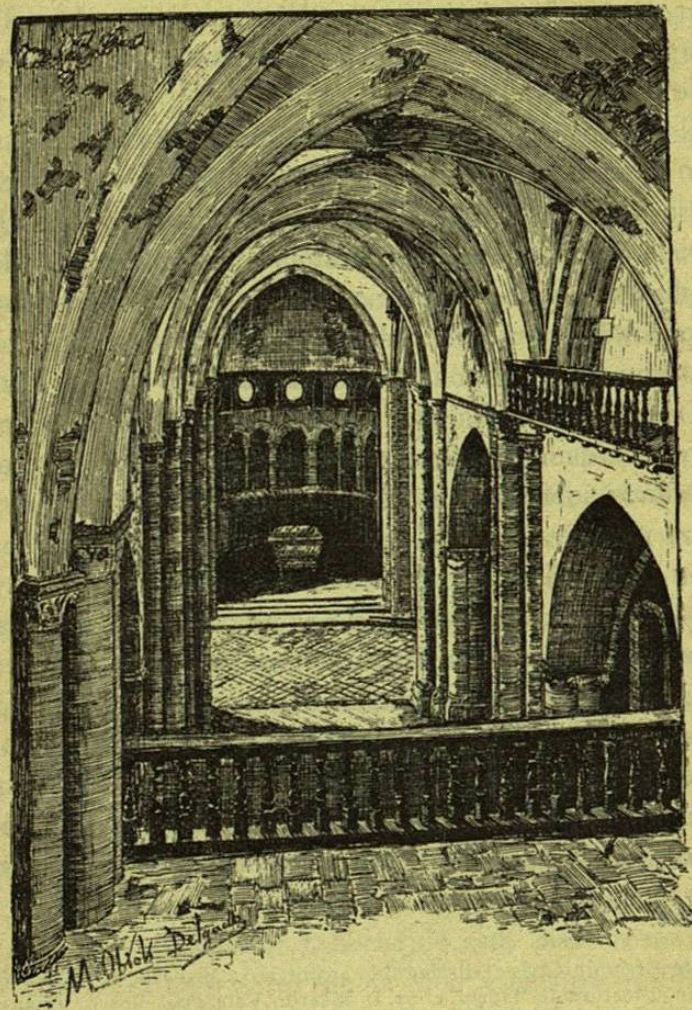
(1) *Crón. de S. Ben.* t. III, año 815.

monjes, se incorporó en la famosa Congregación de Valladolid, que según el deseo de los reyes católicos y bajo su protección se iba entonces formando, uniéndosele en Castilla, León, Galicia, Asturias, etc., los varios monasterios que hoy la componen...» «La fábrica del monasterio en el todo es bastante regular: la torre es de muy buena arquitectura, y su último cuerpo bastante parecido al de las campanas de la del Escorial. El claustro es muy buena pieza, y la iglesia en su gusto gótico, muy arreglada, como asimismo sus retablos, obras de principios y medio del siglo pasado (el XVII). Lo que en ella se conserva más digno de atención es la antiquísima imagen de María Santísima, cuya advocación tiene el monasterio: está forrada toda en una chapa de plata, sentada con su Hijo Santísimo sobre las rodillas; éste tiene un cartel en la mano que dice en letras góticas: *Puer natus est nobis, venite adoremus. Ego sum alpha et omega, primus et novissimus Dominus.* Ante esta sagrada imagen es fama hizo oración aquel Rey D. Sancho (el segundo según el P. Moret, ó acaso el primero, como juzgan Yepes y el autor de la vida de San Veremundo) que conquistó el castillo de Monjardín, distante del monasterio una legua...» «Así los caracteres del cartel nombrado, como la hechura de toda la imagen no desmienten esta antigüedad. Se venera también en una urna de plata el cuerpo de su abad San Veremundo, célebre en la comarca, y por cuya patria disputan los lugares inmediatos, Villatuerta y Arellano. Hay al lado del Evangelio un trozo de las cadenas que en la batalla de las Navas de Tolosa rompieron los Navarros con su rey Don Sancho el Fuerte, en la tienda del Miramamolín. De este monasterio eran dos de los cuatro libros que en tiempo del Papa Alejandro II se llevaron á Roma para ver el oficio mozárabe cuando se trataba de introducir en estos Reynos el Romano, y fueron el de las oraciones y el de las antífonas. Los otros dos fueron el misal del monasterio de Santa Gema, iglesia distante de aquí una legua, hoy arcedianato de la Santa Iglesia

de Pamplona, y el *sacramental* del monasterio de Albelda.»

De estas noticias, exceptuando lo que se refiere al juicio artístico del que las escribía, acaso todas podrán ser exactas, porque bien sabido es que antes de la irrupción agarena hubo monasterios benedictinos en Navarra, aunque ignoramos si en Hirache había alguno. Pero si lo había, seguramente no quedaron de él vestigios, porque la fábrica que hoy contemplamos, si bien revela dos épocas en su iglesia, su parte más antigua no es anterior al siglo XII. Ofrece la particularidad de que en ella domina el estilo románico en absoluto en la construcción de los ábsides, que son tres, uno central y dos laterales; mientras en la estructura de las tres naves impera el gótico ú ojival primario, con reminiscencias del románico cisterciense. Es por demás sencilla la construcción de las tres naves, mayor y laterales: por la vista que aquí te doy podrás formarte aproximada idea de la mayor ó central. Los pilares de sostenimiento de toda la fábrica, exceptuados los tres ábsides, pero incluido el crucero, son diez y seis: de estos, seis enteramente exentos, y diez entregados en los muros del hastial, de la cabecera, y de los costados de norte y mediodía. Cada poste de los exentos lleva en sus cuatro haces adosadas columnas pareadas: estas columnas pareadas apean los arcos formeros que sostienen las bóvedas, y los arcos ojivos que constituyen la crucería arrancan de columnillas colocadas en los ángulos de los mismos postes. Como observarás, las naves laterales son de menor altura que la central, y esto motiva el que las columnas apareadas sobre las cuales voltean los arcos formeros que van paralelos al eje mayor del templo y dividen de la nave central las colaterales, sean mucho más cortas que las que apean los arcos perpendiculares á dicho eje. Tenía en lo antiguo esta iglesia su *triforium*, hoy tapiado y cegado, el cual se extendía sobre ambas naves laterales, con luces á la central y al crucero.—Tres son los tramos en que se halla dividido el cuerpo de la iglesia, no contando crucero y presbiterio. Los referidos arcos, así formeros como ojivos, son de

simple faja cuadrangular, semejantes á los cinchos que sostienen las bóvedas románicas, sin más diferencia respecto de aquellos que



HIRACHE.—INTERIOR DE LA IGLESIA

ser estos apuntados. Sus capiteles, de gran sencillez y elegante perfil, llevan las pomas ó cogollos característicos del estilo gótico primario. Las claraboyas circulares que iluminan la nave mayor y las angostas ventanas abocinadas que dan luz á las laterales, son



de una desnudez singular: sólo en construcciones cistercienses las veremos iguales. En la nave del Evangelio, en el tramo más próximo al crucero, hay sin embargo una preciosa ventana de ajimez, decorada interior y exteriormente con columnillas á la manera románica, con capiteles y archivoltas ricamente exornados de delicada talla.

El crucero y la cabecera presentan ya otro carácter, con su ornato de escultura del género cluniacense; pero el crucero, que en su forma esencial ofrece grandes analogías con los de la catedral vieja de Salamanca, de la catedral de Zamora y de la Colegiata de Toro, únicos monumentos que conocemos en la Península inspirados por las construcciones bizantinas del Perigord, sirve como de transición del románico puro de los ábsides al ojival severo y sencillo del cuerpo de la iglesia. Este crucero, de forma verdaderamente bizantina porque ostentaba una cúpula levantada sobre planta cuadrangular, sólo conserva de su estructura primitiva hasta el arranque de sus pseudo-pechinas (1): de aquí para arriba todo es moderno: de donde resulta que el aspecto de esta parte del edificio es hoy de todo punto extraño. El cuerpo cuadrangular formado por los cuatro arcos torales, lleva en sus ángulos columnillas sobre cuyos capiteles cargan á plomo otros apoyos que van gradualmente aumentando de volumen,—sistema muy frecuente en la arquitectura bizantina y mahometana.—El inmediato al capitel es una especie de medio-cilindro, que remata en dos grandes cabezas, con su capitel

(1) De esta opinión es el distinguido arquitecto y profesor de la Escuela Especial de Arquitectura de Madrid, el Sr. D. Ricardo Velázquez Bosco, quien al dirigir la expedición por Navarra de alumnos de dicha Escuela durante el verano de 1884, estudió cual ninguno este interesantísimo monumento. Á su bondadosa amistad debemos el conocimiento de los útiles trabajos que realizaron aquellos alumnos, y con los cuales hemos logrado desvanecer muchas dudas que no conseguíamos aclarar con nuestros brevísimos apuntes.

Damos el nombre de *seudo-pechinas* ó falsas pechinas á las de las cúpulas levantadas sobre arcos torales apuntados, porque en este género de construcciones no pueden ser secciones de esfera perfecta los triángulos curvilíneos que forman el anillo de la cúpula y los arcos sobre que estriba.

también encima, y sobre este capitel segundo carga un plano, del cual resalta el arranque de la correspondiente pechina. El poste semi-cilíndrico que descansa sobre la columnilla románica de que hemos hablado, lleva adosada, en alto relieve, la figura de un evangelista, personaje á quien da fantástico y terrible aspecto la cabeza de animal emblemático que en el tetramorfos le corresponde, contribuyendo á este efecto de cosa preternatural el estilo hierático de la figura toda, que parece arrancada del claustro de Moissac. Hemos de consignar sin embargo una reflexión que nos sugiere el estudio de esta clase de escultura, y es, que aun cuando aparece evidente en ella la influencia cluniacense, con todo, nuestra imaginería de Hirache ofrece algo original y no servilmente tomado de la imaginería transpirenáica; lo que quizá es debido á la imitación de la pintura de manuscritos bizantinos, más persistente en nuestro suelo que entre los benedictinos franceses, los cuales desde principios del siglo XI empezaron á tomar la naturaleza por única guía. El modo de disponer y plegar los ropajes, rutinario, convencional, pero extra-terrenal y místico, que se advierte en los cuatro evangelistas de Hirache, sólo se ve en miniaturas, marfiles y repujados bizantinos del siglo IX y en manuscritos españoles del X, en que se imitaron aquellos ejemplos del oriente neo-griego. — Ahora bien, sobre estos tres apoyos sobrepuestos ofrece hoy la fábrica una solución de continuidad, que á voces nos está hablando de una restauración poco hábil ó sea de una reforma que ha dislocado el conjunto del crucero primitivo. Y las antiguas memorias del monasterio nos suministran la fecha de esta mala restauración.

El más autorizado autor de la vida y milagros de San Veremundo (1), nos dice, con referencia al R. P. Fr. Pedro de Ayala, monje del monasterio, que hacia el año 1597, tratándose de construir la cúpula (*capitolium*) de la iglesia de Hirache, se ha-

(1) BOLLAND, *Act. Sanctor.* Edición de Amberes de 1668. Mazo, t. I, p. 794 y siguientes.

llaba el referido monje colocando con mucho trabajo la gran piedra de la clave, cuando oyó abajo una voz de hombre que le decía: Hermano Pedro, venga, que el Abad le llama. Por no faltar él á la debida obediencia, dejó la piedra sin colocar y bajó á ver qué le mandaba su superior; mas no bien llegó al suelo, cuando la cúpula se desplomó y con espantoso estrépito vino á tierra, quedando él milagrosamente ileso, y sin que en el templo hubiese persona alguna.

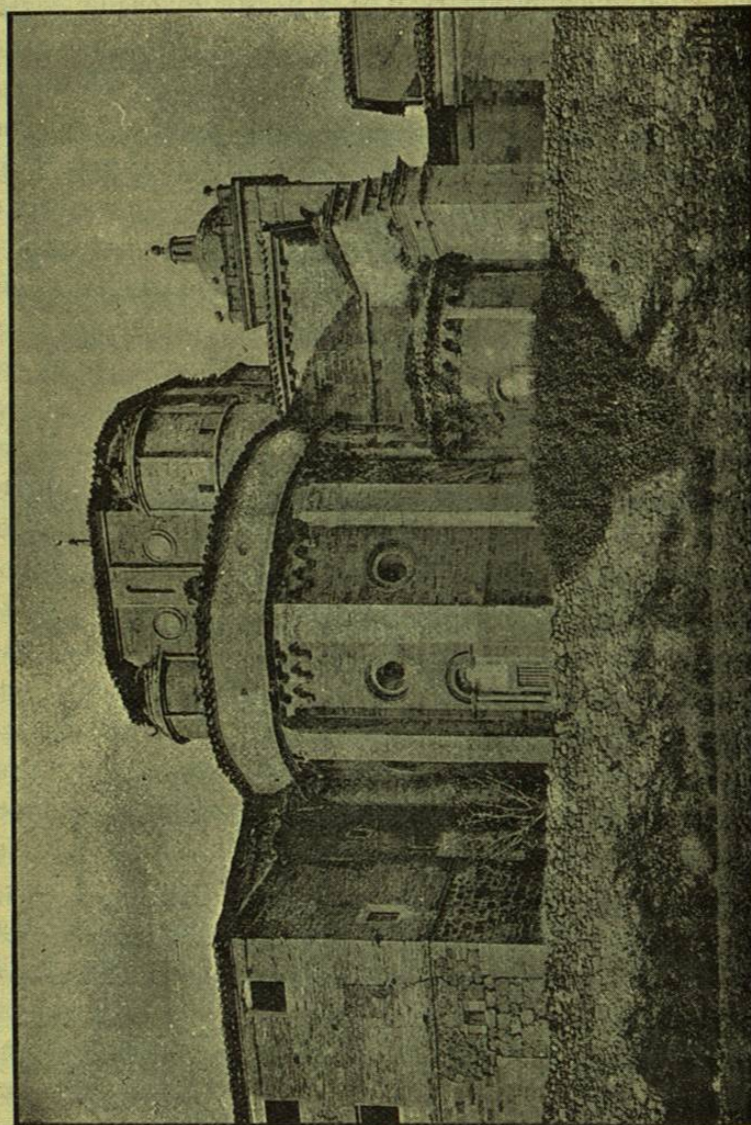
El presbiterio ó ábside central, luminoso y profundo, tiene dos tramos y es de estilo románico puro: el tramo de ingreso está cubierto con bóveda de medio cañón; el interior, que es propiamente el ábside, tiene una bóveda de hornacina ó de cuarto de esfera, y en ambos tramos arrancan estas bóvedas de una cornisa común, la cual limita por la parte alta el plano del muro, así como otra cornisa inferior, ó más bien imposta, lo divide en dos zonas. La zona media del tramo de ingreso se halla subdividida en dos cuerpos, alto y bajo: decóranlos arcos ornamentales de bello trazado, ricamente exornados en las archivoltas y en los capiteles de las columnillas en que descansan. En el ábside propiamente dicho, cuya planta es semicircular, el cuerpo de construcción vertical, ó sea el tambor, lleva en la zona media una arquería de siete vanos, tan prolijamente exornados como los del otro tramo, y sobre esta arquería, en que sólo dan luz el arco central y los dos extremos, pues los otros cuatro son puramente decorativos, corre una segunda galería de arcos ornamentales y claraboyas circulares alternados, aumentando la riqueza arquitectónica del santuario.—Los ábsides laterales, mucho menos profundos que el central, pues termina su curva en la línea donde concluye el tramo primero del presbiterio, presentan una sola ventana al fondo, pero de tan galano perfil como todas las anteriores.

Es muy de notar toda la parte ornamental de este templo, en el cual se observa la intervención de manos distintas, y aun de distintas escuelas. En general, todo lo que es simple adorno,

geométrico unas veces, otras inspirado por la flora ya oriental, ya europea, aparece ejecutado con destreza y gallardía, causando admiración la variedad infinita de los elementos y motivos empleados por el tallista. Algunos capiteles hay en verdad torpemente concebidos y ejecutados, pero son muy pocos entre el número extraordinario de los que contiene esta vasta construcción: la cual, como hemos ya indicado, sólo en su parte románica, ó sea desde el cruceco hasta la cabecera, ofrece ornamentación iconística ó de figuras de hombres y animales. Con estos solos capiteles de Hirache se podría formar una interesantísima y variada colección de vaciados, que sirviera de escuela á nuestros escultores ornamentistas, y á todos los artistas decoradores en general.—Entre los capiteles iconísticos, pocos realmente hay buenos: las figuras son desproporcionadas, y se agrupan con poca gracia; es más tolerable el dibujo de los animales, combinados á veces, no sin cierta elegancia, con los vástagos y lazos de la ornamentación vegetal.—Para el estudio de la indumentaria y de las costumbres de los siglos XI y XII, no deja de ofrecer interés esta escultura monástica, porque vemos en esos capiteles personajes de todas condiciones, guerreros, encuentros de campeones armados, reyes con estemas imperiales, jinetes con sus cotas, capellinas y escudos en punta. Hay un capitel en la columna de la izquierda del arco de ingreso al presbiterio, en que está representada una batalla campal entre dos paladines, montados en briosos corceles, con tanta elegancia y tan exquisito estilo que parece obra de un consumado maestro. De seres quiméricos hay también una gran variedad: sirenas, grifos, centauros, ciervas con busto de mujer y tocas monjiles, esfinges, aves con rostro humano, ninfas con cola de pez y corona, etc. Para el estudio de la iconística sagrada de la Edad media, estas esculturas no tienen precio.—Debe asimismo llamar tu atención, oh lector que conmigo registras los caprichos artísticos de que están cuajados los miembros decorativos de este desamparado monumento, tan desolado y mudo para el que penetra en él indiferen-

te y desprevenido, tan lleno de susurros y ecos misteriosos como una selva virgen para el que cuidadosamente le estudia é indaga en él la flora y la fauna que le pueblan; debe, repito, llamar tu atención la diversa procedencia del ornato que realza la secular majestad de sus formas arquitectónicas: porque toda la escala de la ornamentación monumental, desde la sencilla greca del templo helénico hasta el intrincado nudo rúnico de la estela de Hibernia ó de Caledonia, puede seguirse en la iglesia de Hirache escudriñando con perseverancia sus rincones. No hay en esto exageración: la complicada lacería rúnica de los monumentos célticos dejó estampado su recuerdo en la portada de nuestro templo: el que se tome la molestia de buscarlo, no se atreverá á desmentirme; lo reprodujo un alumno del profesor D. Ricardo Velázquez, y por cierto que admira que pudiera trasladar al papel aquel inextricable laberinto de líneas.

El exterior del monasterio de Hirache presenta una imponente masa visto por el costado norte, con su grande y robusta torre del siglo XVI flanqueando la entrada, y sus ábsides románicas al oriente formando una preciosa combinación de cuerpos entrantes y salientes, en que ni el desmochado crucero privado de la airosa cúpula bizantina destruye lo pintoresco del efecto. Entre la mole del crucero y la torre de la fachada, verás alzarse el cuerpo de la iglesia tendido horizontalmente de levante á oca-so con el austero aspecto que le da su liso muro, sólo abierto para mostrarte dos pares de ojos redondos, nunca cerrados, en las claraboyas que iluminan su nave central, y unas pocas ventanas, largas y angostas como aspilleras, en el cuerpo de la nave menor de este lado norte, donde un bello ajimez y una linda puerta de cuatro archivoltas concéntricas sostenidas en bien labrados capiteles, esconden sus garbosas curvas tras los ramajes de los pocos árboles que acompañan á la gran fábrica en sus presentes días de infortunio, porque siempre la vegetación es compañera constante del monumento abandonado por la ingrati-tud del hombre.—No te describo la composición arquitectónica de



NAVARRA

HIRACHE.—ÁBSIDE DEL MONASTERIO

los ábsides bizantinos de Hirache porque te los doy fotograbados.

Pero algo hay en estos ábsides de que no te da razón mi viñeta en su diminuta escala, y es la bella y razonada construcción de toda la parte decorativa. Esa cornisa tan graciosa y ligera que se asemeja á la franja cairelada de un dosel, está formada con gran ciencia; el resalto de la cornisa propiamente dicha, descansa en ménsulas en las cuales está sacada de gran relieve la cabeza ó el animal quimérico que la exorna: bajo esta parte más saliente, viene una arquería trebolada, de gran profundidad para que del juego de luz y sombras resulte un efecto *picante* (permítame el lector este adjetivo de escuela): cada arquito trebolado, no construído, sino esculpido á cincel en su correspondiente sillarejo, lleva las aristas que marcan el trébol defendidas y fortalecidas con bocelillos, para evitar los descantillados tan frecuentes en una ornamentación frágil en sus partes emergentes. Todos los sillarejos labrados en forma de arco de tres lóbulos, unidos entre sí con gran precisión en las juntas, forman, digámoslo así, el friso cairelado del románico entablamento; y para que las uniones estén también defendidas, en vez de quedar en suspenso las dos piedras juntas, según se ve en los ajimeces del antiguo palacio de los Duques de Granada en Estella, las sostienen ménsulas labradas como las de la parte superior de la cornisa. Las ménsulas altas y bajas, que verticalmente se corresponden, protegen las juntas por sus dos extremos; y la escultura, de tan alto relieve que casi es estatuaria, va á su vez protegida por las salientes de la arquería ornamental y de la cornisa, y de esta manera lleva en sí todo el entablamento tal solidez en todas sus partes, que no se advierte en él el menor desperfecto, á pesar del abandono en que por mucho tiempo ha estado este monumento.—¿Habré de describirte ahora otros pormenores de esta peregrina ornamentación así exterior como interior? No es posible, porque no acabaríamos nunca de admirar lindezas artísticas de que ya es forzoso prescindir: me limito sólo á aconsejarte que si alguna vez tienes ocios de que dispo-

ner, y ganas de apurar esta interesante materia de la iconografía de la Edad-media cristiana, en lo general emblemática y simbólica, no dejes de incluir entre tus factores el enjambre de figuras esculpidas en las repisas, ménsulas, modillones, claves de bóveda, capiteles, cornisas, archivoltas, frisos y demás partes decorativas del templo de Hirache: figuras que le animan y le hacen hablar el lenguaje de unas generaciones cuyas creencias, cuyos hábitos, cuyo modo de ser ya apenas conocemos.

Hay en esta iglesia curiosos sepulcros: en uno de ellos descansan los restos mortales de los abades D. Munio y D. Arnaldo, á quienes vimos hacer importante papel bajo los reinados de D. García Sánchez, *el de Nájera*, y de D. Pedro Sánchez; al primero, otorgando en el año 1045 la permuta del castillo de Monjardín por el monasterio de Hicart y otros bienes, y aceptando en 1050 la fundación en Hirache de un hospicio de peregrinos; y al segundo, recibiendo en 1102 de D.^a Sancha, la hermana del conde D. Sancho de Navarra, la herencia que tenía en Obanos, y dos años antes, de D. Jimeno Galíndez, el monasterio que le pertenecía en Torres. Estos dos prelados, aunque fueron de tiempos diferentes, yacen bajo una misma losa con esta sencilla inscripción: MUNIO ET ARNALDUS IN NOMINE DOMINI HIC REQUIESCUNT. Á la cuenta fueron colocados en una misma fosa al construirse el crucero en el siglo XII.—En la nave del Evangelio hay un sepulcro muy mutilado de otro abad cuyo nombre nos es desconocido, con bulto yacente de muy regular escultura del siglo XIV (?), acompañado de dos frailecillos que lloran su muerte, los cuales fueron brutalmente descabezados, sabe Dios cuándo, porque en todo tiempo ha habido vándalos. El sarcófago sobre que descansa el abad difunto está decorado con figurillas de alto relieve, que representan la ceremonia fúnebre de que es objeto el amado cadáver. Varios monjes llevan cirios, la cruz, el incensario, el agua bendita y el hisopo, y un obispo lee las preces teniendo otro monje abierto el antifonario. Hállase este sepulcro adosado al muro del norte.

La joya más preciada de este celeberrimo monasterio, después de su imagen de Santa María de Hirache, que se dice era de plata y del tiempo de los Godos (1), fué siempre la urna que contenía los restos mortales de su glorioso abad San Veremundo. La que llegó hasta nuestros tiempos no era en verdad la primera en que se le depositó después de muerto en el año 1092. El autor de la vida del Santo, escritor del siglo xvii, dice que aún se conservaba aquella, y que era una arca preciosa en la cual estaban esculpidos los tres ángeles que le ceñían las tres coronas de monje, de virgen, y de prelado. Esta arca fué colocada bajo la Sagrada Eucaristía, y allí permaneció 495 años.—Hacia el 1583, el abad Fr. Antonio de Comontes, en cumplimiento de un voto hecho al Santo, le construyó otra arca riquísima, donde trasladó sus venerables restos, y la puso á la derecha del altar mayor. Pero la cabeza y un brazo fueron colocados en relicarios aparte.—Por último, en 1651, el R. P. Maestro Fray Pedro de Uriz, abad de este cenobio, consagró á San Veremundo una capilla especial, y una nueva urna de plata maciza y de admirable estructura, de tal peso, que cuatro jóvenes robustos apenas podían sostenerla. Colocó la urna bajo un magnífico altar que deslumbraba con la riqueza de sus imágenes y de sus columnas de oro bruñido; y en esta disposición estaba la preciada joya cuando Henschen y Papebrochio daban á la estampa la obra del P. Juan Bolando en 1668.—De ninguna de las tres arcas te puedo dar la menor idea. La primera, del siglo xi ó xii, cuán interesante no sería!—La segunda, del siglo xvi, tendría sin duda alguna gran valor como obra de estilo plateresco, porque se ejecutó en la época en que más florecieron los orífices españoles.—La tercera, no ya propiamente arca, sino verdadera urna, aunque el bolandista la califique de objeto de *admirable estructura*, sería probablemente de composición *barroca*, ampu-

(1) Lo afirma el bolandista que escribió la vida de San Veremundo.—*Collectanea*, etc., cap. I, n.º 6.

losa y teatral.—Pero ¿qué se hicieron esta urna y la efigie de plata de Nuestra Señora?... Respondan los desamortizadores.

Dejemos la Sacristía, edificación insignificante del siglo xvi (acaso coetánea de la gran torre de la imafrente), de planta cuadrada y bóveda de gusto gótico bastardo, con bustos de abades y obispos, de gran relieve y pintados, en los florones de clave de la crucería; y salgamos al elegante y alegre Claustro, obra gótico-plateresca que vas á admirar en una de sus cuatro galerías.

No necesito decirte cuál es la disposición de su galana arquitectura. Observa las distintas combinaciones de los nervios que se enlazan formando estrellas y florones en su espaciosa bóveda: fijate en los capiteles que apean á uno y otro lado esos nervios, hábilmente subdivididos en juncos y boceles para dar á la construcción más aire de ligereza; contempla por último esa bien compuesta portada del fondo, que sirve de peregrino marco arquitectónico á la entrada que comunica con el templo, por la cual acabamos de pasar viniendo de él. Lo que el fotógrafo no te da, te lo señalaré yo, y es harto sencilla mi tarea, porque se reduce á copiar unos cuantos renglones de mi libro de apuntes. «Las bóvedas arrancan de pilastras platerescas, ya adosadas á la pared, ya á los estribos del patio. Cada pilastra llevaba su estatua, y queda en todas marcado el puesto que tenía, porque subsisten las repisas que las sustentaban y las conchas que las cobijaban reemplazando á las góticas marquesinas. La puerta es un arco de medio punto que forma en la archivolta tres planos resaltados, con andanas de cabecitas de serafines, en el jambaje recuadros con grutescos de los que nuestros antiguos escritores llamaban *á lo romano*, y una imposta labrada por el mismo estilo. Las enjutas de esta puerta van exornadas con sendos medallones circulares, con los bustos de los apóstoles San Pedro y San Pablo. Sobre este cuerpo bajo corre una ancha faja, de cabezas de serafines también. En el centro se eleva una hornacina rectangular, á manera de templete corintio, cuyo